

EL ECO DE CARTAGENA.

Sabado 11 de Noviembre de 1882.

La decadencia de España

DESDE MEDIADOS DEL SIGLO XVI
á igual época del siglo XVIII.

LII.

A las nueve días de haber espirado Felipe III, espiró también la tregua de doce años concertada entre la España y la Holanda. Durante ese tiempo los holandeses habían crecido en fuerzas y riquezas, formando compañías para comerciar en el oriente, piratear en los mares y hostilizar las posesiones españolas de las Indias, y esto unido á que, muerto el archiduque Alberto sin sucesión, volvía á la corona de España el derecho de dominio sobre ellos, se decidieron á sostener á todo trance su libertad é independencia antes que volver de nuevo al yugo español.

Pero en España se pensaba de otro modo. Los consejos de las Indias y de Portugal representaban á Felipe IV que desde que se estableció la tregua había experimentado el reino mayores pérdidas que durante cuarenta años de batallas; y así era en verdad, pues los holandeses, excluidos del comercio de España habían ido á buscar las fuentes de sus riquezas en las Indias orientales. Los viajes de descubrimiento de Cornelio Hootman y de Van-Heck la conquista de una parte de las Molucas, y el establecimiento de la Compañía de la Gran India, acabaron por arrebatár á los negociantes de Sevilla y de Lisboa el monopolio de los frutos coloniales en Europa. A esta paz que de tal manera conspiraba contra los intereses nacionales, decían los Consejos, que debía preferirse la guerra la cual, calculaban, no había de aumentar los gastos más arriba de cincuenta y siete mil escudos por mes.

No fué necesario, por cierto, que España la declarara explícitamente; bastó una invitación del conde duque de Olivares á las siete Provincias Unidas á que se unieran á las diez formando un solo cuerpo, para que los holandeses acudieran á las armas. Esta fué su contestación. Renunciamos á la relación minuciosa de los accidentes de esta lucha colossal, en mal hora y tan inconsideradamente emprendida, que acabó de empobrecernos y de desprestigiarlos á los ojos de la Europa, que aún, sea como quiera, escuchaba con respeto el nombre español; baste decir, que durante ella se hicieron dueños los holandeses de todo el litoral de la América del Sud, desde San Salvador hasta el río de las Amazonas, de

la isla de Malaca, de Ceylan, del resto de las Molucas, y de las islas de la Sonda, echando en la de Java los primeros cimientos de Batavia, que llegó á ser en sus manos una de las ciudades más comerciales del mundo. En el mar, la gran compañía de las Indias occidentales, que se componía de ochocientas naves, armadas ahora en corso, solo en trece años apresó quinientos cuarenta y cinco buques, cuya venta le produjo la enorme suma de ciento ochenta millones de libras. De aquí tomó alientos el príncipe Mauricio de Nassau para emprender aquella serie de conquistas. Ultimamente el célebre combate de Las Dumas, aún cuando glorioso también para nosotros en el ideal del heroísmo, concluyó de asegurar la superioridad marítima de la Holanda. Desde entonces los respetos sobre el mar fueron ya iguales entre españoles y holandeses, según dijimos ya en otro lugar.

Dios que siempre ampara las buenas causas, coronó los esfuerzos de la Holanda permitiendo que la joven república recogiese al cabo de ochenta años de lucha, el fruto de su perseverancia. Felipe IV la reconoció como estado libre é independiente por el tratado de Westphalia, renunciando á todos sus derechos de soberanía; cediéndole además el norte de Brabante, de la Flandes y del Simbourg, con las plazas fuertes de Maestricht, de Boisleduc, de Berg-op-Zoom y de Breda; y también todas las conquistas que habían hecho los holandeses en América y en las Indias.

En esta dilatada lucha perdió España una parte considerable de sus hijos, la flor de sus ejércitos, brazos todos que hubieran sido más útiles á la patria, si en vez de armarlos para ir á servir á locas aventuras, les hubiera abierto los horizontes del trabajo fomentando la agricultura, las artes y la industria. Estas son las verdaderas conquistas que dan honra y provecho á las naciones, haciéndolas grandes y felices. ¿Qué ventajas sacó España de los Países Bajos? A ciento setenta y nueve mil ochocientos millones de reales se hace subir lo que le costó su dominación. Esto hizo decir al duque de Lerma, que sin este espantoso gasto, hubiera podido empedrar con pesos duros las calles de Madrid. Podrá decir que si no sacó provecho, alcanzó gloria; pero glorias á tanta costa adquirida valiera más renunciarlas á tiempo antes de tener que lamentar los tristes efectos del desencanto.

Esto mismo debió pensar Felipe IV antes de entrar como aliado del emperador de Alemania en la guerra de los treinta años, lucha en la cual prodigó con largueza sus ejércitos y sus tesoros. Ello le trajo su rompimiento con la Francia, que á

su vez se declaró aliada de los protestantes de Alemania y de los suecos, como antes le había sido de los holandeses en su lucha contra España; rompimiento que trajo por consecuencia la guerra con Cromwell, protector de la República de Inglaterra. Entonces fué cuando Felipe IV, hizo grabar en sus monedas: *Todos contra nos, y nós contra todos*. Así se vió á la España luchar alternativamente ya en la frontera de los Pirineos, en Italia, en Francia, en Alemania y en Holanda; ya en América, en las Indias, y sobre todos los mares, acabando de debilitarla este prodigioso esfuerzo que preparó la disolución de la monarquía.

De todos los enemigos con quienes tuvo que habérselas en esta colossal coalición, el más temible lo fué indudablemente el cardenal Richelieu. Este dice en sus Memorias para justificar la guerra contra España «¿Qué otra cosa han hecho los españoles desde el tratado de Vervins, que engrandecerse á espensas de sus vecinos débiles, y á manera de un fuego siempre encendido, al que sirve de tránsito la materia combustible más inmediata para llegar hasta la más lejana y consumirla, pasar de provincia en provincia y someterse las una después de otra, según que la situación de cada una de ellas era más próxima á la última ocupada? Lo mismo pretendían hacer con todos los Estados de Europa y alcanzar por este medio la monarquía universal de la cristiandad. Los que ellos llaman paz no es más que un nombre vano y desnudo de toda realidad; pero ciertamente tienen una guerra perpétua con todo el mundo; y esta grandeza tan injusta, tan sin respeto á los tratados, á los juramentos y á las alianzas, y creciendo así continuamente por la ruina de nuestros vecinos, ¿no nos traía á una necesidad muy exigente de hacer la guerra para defendernos? ¿Puede haber prudencia ni justicia que permita á guardar á que los otros estén devorados para ser los últimos?»

Tal es el retrato que hizo de la política española la mano maestra de Richelieu. Deseubiertas sus tendencias y puesto en claro los principios perniciosos á la tranquilidad universal que venían dominando en la corte de España, de sucesión en sucesión, desde Carlos I. no parecerá ya extraña la actitud del célebre ministro francés, ni sus empeños para levantar á la Europa contra ella, señalándola, como el enemigo común á quien era preciso destruir.

Richelieu recordaba que, cuando él tomó las armas contra el partido protestante, la corte de Madrid se dió á favorecer secretamente á los enemigos de la religión formando un tratado, por medio de un gente del Du

que de Rohan, por el cual prometía Felipe IV á los protestantes un subsidio anual de trescientos mil ducados, y cuarenta mil más para su jefe, mediante la promesa de este de mantener un ejército de catorce mil hombres con que continuar la guerra civil, que era lo que deseaba á fin de tener distraída la atención de la Francia para que no le estorbare en sus proyectos. Así, cuando los Calvinistas quedaron vencidos, se vió á la misma Corte de Madrid recurrir á otros medios con que fomentar nuevas discordias en aquella nación, suministrando ahora cincuenta mil escudos de oro al duque de Montmorency para ayudar en sus pretensiones al trono á Gastón de Orleans. Esta tentativa fracasó como la anterior, pero España no por esto renunció á su sistema de mantener la guerra en el corazón de la Francia. En mil seiscientos treinta y cuatro pudo conseguir del Duque de Orleans la promesa firmada de no reconciliarse nunca con el rey su hermano, y en el caso de que estallara la guerra entre la Francia y la España, que combatiría por la causa de Felipe IV.

¿Será de admirar que después de tales ofensas, procurase Richelieu usar de Représailles? Las primeras las vemos en el apresamiento de varias embarcaciones de Génova, ricamente cargadas, á quienes la tempestad había obligado á arribar á los puertos de la Provenza. Felipe IV sentido de esta agresión, mandó confiscar los bienes de todos los franceses residentes en España, y ofendido á su vez Luis XIII tomó iguales medidas con los Españoles establecidos en su reino, prohibiendo además, todo comercio con España. A estos actos de latrocinio siguió una serie de hostilidades, entre ambas naciones, que aun cuando se suspendieron por el tratado de Maurón, no tardaron en reanudarse por causa del ducado de Mantua. Luis XIII sostenía los derechos del duque de Nevers y Felipe IV los del duque de Guastalla. La suerte en esta ocasión se puso del lado de la Francia, y la España perdió su trabajo, y lo que es más todavía, su preponderación en Italia.

Aquí comenzó Felipe IV á recoger el fruto de su desatentada política; puede considerarse como el primer paso de aquel doloroso via-crucis, cuyo calvario hemos de ver en los campos de Villavieja.

MANUEL GONZALEZ.

MARINA.

Resoluciones tomadas por este ministerio.

Orden dejando sin efecto la de 6 del actual en que se daba de baja por equivocado concepto al alférez de navío D. José Antonio Fernandez